



EL SÉPTIMO DÍA
 por Rubén Abella

Llámenme raro

Tengo un primo que dice que no existo. Como lo oyen. Es informático y dice que si no tengo un *blog*, si no estoy en Facebook ni en Twitter ni en MySpace ni en Hi5 ni en LinkedIn, mi vida es una entelequia. Habla con entusiasmo del fin de una era, de un cambio radical en las relaciones sociales, de las maravillas del ocio digital. Yo le escucho con atención y cuando encuentro la oportunidad –mi primo se emociona enseguida y no siempre es fácil conseguir que te escuche–, le pregunto de qué me sirve a mí tener un *blog*. Me mira asombrado y con un poco de lástima, como un creyente que mira a un ateo, y responde que así puedo mantener informada a la gente de las cosas que hago. Entonces soy yo quien se queda de piedra. Llevo toda la vida andando de pun-

Para no ser un holograma, tengo que colgarme al cuello un cencerro virtual

Quizás seamos más libres, pero vivimos encadenados a una pantalla

tillas, contándole mis asuntos sólo a quien yo quiero, y resulta que ahora, para existir de verdad, para no ser un holograma, tengo que mantener a todo el mundo al corriente de mis idas y venidas. Vamos, que tengo que colgarme del cuello un cencerro virtual.

Exagero, lo sé. Es evidente que va a haber –que está habiendo– cambios profundos en nuestra sociedad y que no tiene sentido desdeñarlos. Entiendo también que cada cual es libre de contar lo que desee. Y soy consciente de las bondades de las nuevas tecnologías. De hecho, me beneficio de ellas a diario. Mando y recibo correos electrónicos. Busco en Google documentación para mis

libros y clases. Veo videos en YouTube. Hablo por Skype con amigos que viven en Hanoi, Adelaida o Hamburgo. Ah, y me acaban de instalar la fibra óptica. En fin, que aunque no soy ningún experto –más bien todo lo contrario–, no le doy la espalda a los avances de la informática. Pero de ahí a creer, como parece creer mi primo, que todo lo que nos traen las nuevas tecnologías es, por definición, mejor que lo que había antes, hay una enorme distancia.

El libro electrónico es un buen ejemplo. He escuchado a sus defensores cantar sus virtudes y he llegado a dos conclusiones. La primera es que, según parece, buena parte de los esfuerzos de los ingenieros y diseñadores del revolucionario artefacto han ido dirigidos a lograr que se parezca lo más posible al libro de siempre. Eliminaron la retroiluminación. Inventaron la tinta electrónica. Incluso crearon un dispositivo que permite pasar las páginas con el dedo. Y no puedo evitar preguntarme: ¿Tanto esfuerzo para inventar algo que ya existe? La segunda conclusión es que el argumento estrella, el que esgrimen todos los valedores del libro electrónico para diferenciarlo y elevarlo de una vez por todas por encima de su obsoleto pariente, tiene que ver, como en tantas otras cuestiones, con la cantidad. En un libro electrónico, dicen con aire triunfal, caben cientos de novelas. Imagino que esto es una excelente noticia para los editores, los investigadores, los críticos, los lectores profesionales o los agentes literarios –es decir, gente que por su trabajo debe manejar muchos libros–, pues a partir de ahora ahorrarán espacio y podrán viajar más ligeros. Pero no olvidemos que estamos en España, donde, según el último informe sobre hábitos de lectura, la media de libros leídos al año no llega a diez. Un lector medio, por tanto, puede guardar en un libro electrónico las lecturas de toda una vida. O más. Y vuelvo a preguntarme: ¿De verdad le hace falta?

Que conste que no estoy en contra del libro electrónico. Lo importante, creo yo, es que se lea. Pero qué quien les diga, a mí el libro de papel me parece un invento inmejorable. Es bonito, flexible, transportable y muy sufrido –aguanta casi lo que le echen–. Es autónomo –no necesita



«El libro de papel me parece un invento inmejorable. Es bonito, flexible, transportable, decorativo y huele bien». / R. ABELLA

pilas ni hay que enchufarlo a ningún sitio –y fácil de usar. Tiene buen tacto, es decorativo y huele bien –llámenme raro, pero yo lo primero que hago al abrir un libro es olerlo–. Y cada ejemplar tiene su propia historia. Su propio carácter. Su propia luz. Ningún aparato electrónico, por muy bien diseñado que esté, puede competir con eso.

Dicen los paladines de la innovación que las nuevas tecnologías nos hacen más libres. No seré yo quien lo ponga en duda. Pero admitamos también que nos crean necesidades ficticias –hay adictos a las redes sociales, a la PlayStation, al teléfono móvil–, y que nos dan un montón de

trabajo. Porque podemos, porque tenemos los medios técnicos y sería un desperdicio no usarlos, hoy hacemos un sinfín de cosas que hasta hace muy poco otras personas hacían por nosotros. Emitimos nuestros billetes de avión, de tren y de autobús. Sacamos nuestras entradas para el cine, la ópera, los conciertos o el teatro. Procesamos e imprimimos nuestras fotografías. Formalizamos nuestras reservas en los hoteles... Y no sé si ustedes se han dado cuenta, pero en muchas profesiones las nuevas tecnologías hacen que trabajemos el doble. Eso sí, por el mismo sueldo. Por ejemplo, los profesores universitarios. A las ta-

reas de siempre –elaborar los programas, preparar e impartir las clases, corregir ejercicios, hacer tutorías, poner exámenes–, se suman ahora la laboriosa gestión de las asignaturas en los campus virtuales y la obligación de estar siempre accesibles y responder a los correos electrónicos que constantemente envían los alumnos. Súmenlo todo y verán que quizás seamos más libres, pero vivimos encadenados a una pantalla.

Y luego va mi primo y me dice que tengo que abrirme un *blog* y un perfil en Facebook. No sé. A lo mejor tiene razón, y resulta que no existo.

LA POSADA

EL MUNDO.es

Gastronomía, vino, turismo,
 tradición, cultura...
laposadanet.com

LA POSADA.NET.com

Un camino de gloria y dolor